

AUTO...BIOGRAFIA.

Cuando empezó el procedimiento no tuve la sensación de estarlo viviendo. Poco a poco adquirí conciencia de lo que ocurría. Me encontraba rodeado de infinidad de unidades iguales que, en riguroso orden militar, nos dirigíamos por distintos carriles hacia una misma dirección en cuyo trayecto unos robots nos incorporaban piezas de distintas formas, tamaños y tonalidades. Llegados, recibimos un baño de pintura que nos cubrió totalmente y nos clasificó por colores.

Por lo que entendí, deduje que soy oriundo de un país asiático muy poderoso industrialmente y que un lote se embarcaría rumbo al Callao. La travesía tomó algunas semanas al final de las cuales arribamos a puerto. Luego de unos días estaba instalado en un salón lleno de luces brillantes y yo, en un alarde de vanidad, luciendo mis mejores galas y predisposición.

Luego de varios conatos, una pareja joven mostró su interés. No era para menos, el color plata de mi carrocería y el gris oscuro de mi tapiz la sedujeron a ella y el precio lo convenció a él. Ya tenía dueña. Me sentí feliz; lo único mortificante fue que me entornillaron dos placas con letras y números que contrastaban con la belleza de mis líneas.

Qué gran alegría compartimos el día de mi llegada. Mi familia la conformaban, además, dos hermosas chiquillas de seis y cuatro años y una antigua empleada. No me gustó –por que dolió y me produjo una ralladura- que rompieran una botella de cerveza en mi parachoques.

Mi hermosa casa estaba rodeada por un amplio jardín lleno de flores, mimadas por un viejo jardinero, y engalanada por una piscina grande; desde mi lugar veía parte de la cocina siempre reluciente y oliendo rico. La cochera, techada y amplia, la compartía con un automóvil más grande y bonito que yo; me molestaba que fuera el preferido. Aunque reconocía que tenía que serlo porque pertenecía al señor, aún así me fastidiaba que lo limpiaran primero. Presumido, se pavoneaba diciendo ser natural de la península escandinava; eso no sé si es sinónimo de alcurnia pero, por las dudas, yo provengo de la Península de Corea. La verdad, lo que le envidiaba eran su tapicería de cuero negro y el áspero ronroneo de sus seis cilindros.

Todas las mañanas el señor salía primero. Pocos minutos después nos íbamos nosotros llevando a las niñas al colegio en un viaje agradable; después a casa de una hermana de mi señora o a donde su mamá para irnos de compras. Nuestra rutina era placentera y cómoda. Nunca pude acostumbrarme al tráfico de Lima, tenía una sensación de permanente agresión. Creía que en cualquier momento sufriría una embestida; temblaba cada vez que nos encontrábamos con un Tico o una “combi”. Más de una vez experimentamos un buen susto.

Las niñas habían crecido en los seis gratos años transcurridos. Una tarde escuché un comentario, luego confirmado, que no me agradó. Se acercaba el cumpleaños de mi señora y su regalo consistiría en una cuatro por cuatro. Me sentí perdido. ¿Qué sería de mí?. Mi despedida fue dolorosa. Mi dueña y sus dos lindas hijas lloraron cuando me llevaron. Yo también lloré mucho. Tanto, que los mecánicos no se explicaban esa merma de agua en el radiador. Pero, qué saben los mecánicos de penas.

En el salón de ventas ocupé un lugar preferente porque yo relucía como nuevo. En estas condiciones fue fácil que alguien me comprara. Se acercó un señor cuarentón y rechoncho que parecía ufanarse de su marcado desaliño. En un par de días ya tenía un nuevo dueño. El hombre -jovial, amigero y dado a la buena vida- laboraba en el Ministerio de Transportes.

Yo permanecía las veinticuatro horas del día a la intemperie. No peco de exagerado al decir que carecía de mantenimiento. Pronto mi deslumbrante pintura y mi esmerado aseo se convirtieron en descuido y en suciedad acumulada. Los periódicos y botellas se apilaban en mis asientos y piso. Cuando la desidia se mostraba demasiado notoria mi dueño abría la maleta y allí descargaba todo su cargamento de desperdicios. También era un galán insaciable. Por lo menos tres veces por semana acudíamos a la Costa Verde acompañados por la damisela de turno. Mi asiento delantero derecho fue la víctima. Horizontalizaba el respaldo y empezaba el movimiento. En lo personal, me sentía indignado; además, pronto el asiento elegido se

malogró de tal manera que al repararlo ya no pudo deslizarse. El meneo se trasladó al trasero. (Me refiero al asiento)

Para mi beneficio, al hombre lo ascendieron a un cargo importante asignándole movilidad propia. Por este motivo, yo sobraba en su vida y él en la mía. Volví pues al salón de ventas pero, esta vez, ubicado en una discreta esquina.

Tuve suerte. Un jubilado, con sus ahorros e indemnización, me compró para trabajar como taxista. Hicimos una gran amistad, no es poca cosa pasar juntos doce horas diarias; claro, terminábamos extenuados. Experimenté, por primera vez, la sensación de cambiar neumáticos. Qué orgulloso me sentí. ¡Zapatos nuevos! Recibía un esmerado mantenimiento que yo retribuía tratando, en lo posible, de evitar reparaciones. Fueron cuatro años en los que mi pintura rejuveneció y mi tapiz y pisos fueron mejorados.

Una tarde fuimos requeridos para hacer una carrera a Puente Piedra, esperar un par de horas y volver. No era prudente, pero el pago nos convenció. De regreso, ya noche, un volquete, invadiendo nuestro carril, nos embistió frontalmente. No pude resistir la violenta colisión siendo arrastrado varios metros. Me sentí herido de muerte. Mi dueño y los dos pasajeros fallecieron instantáneamente.

Transcurridos algunos días fui trasladado al Depósito de la Dirección de Tránsito. En mis doce años. nunca me sentí tan

desvalido. Estaba hacinado con otros carros, siniestrados como yo, languideciendo en espera de un milagro.

Hoy hubo un revuelo inusitado. Se trataba de un remate. ¡Ojalá se interesen en mí!, rogué. Escuché, a pesar de mi oxidada carrocería, que un par de gitanos conversaban sobre adquirir un vehículo para canibalizarlo.

Me eligieron.

©Manuel Escalante.

